

El espejo del visitante

ACABA de pasar unos días en España uno de los más prestigiosos escritores de América, bien conocido también en Europa, singularmente en Francia, en cuya lengua escribió hace años un sonado libro sobre las democracias hispano americanas: el peruano Francisco García Calderón. Hacía mucho tiempo que no visitaba a nuestro país, y hombre versado como pocos en la producción intelectual de la Europa contemporánea, deseaba conocer también la nuestra presente. Francisco García Calderón es un curioso viajero, siempre vivaz y sutil, por el mundo de la idea. ¿Qué piensan los españoles más reputados? ¿Qué piensan unos de otros? Vuelve cargado de libros e impresiones personales. Pero mientras se informaba de nosotros contribuía con sus preguntas y comentarios a informarnos sobre nosotros mismos, como un espejo animado y cambiante, donde la imagen del mundo intelectual español unas veces era risueña y otras desapacible. Lo que no quiere decir que la imagen de España que a través de él veíamos fuese la misma que él contemplaba. No lo haremos, pues, responsable de las reflexiones que sus reflexiones nos han suscitado.

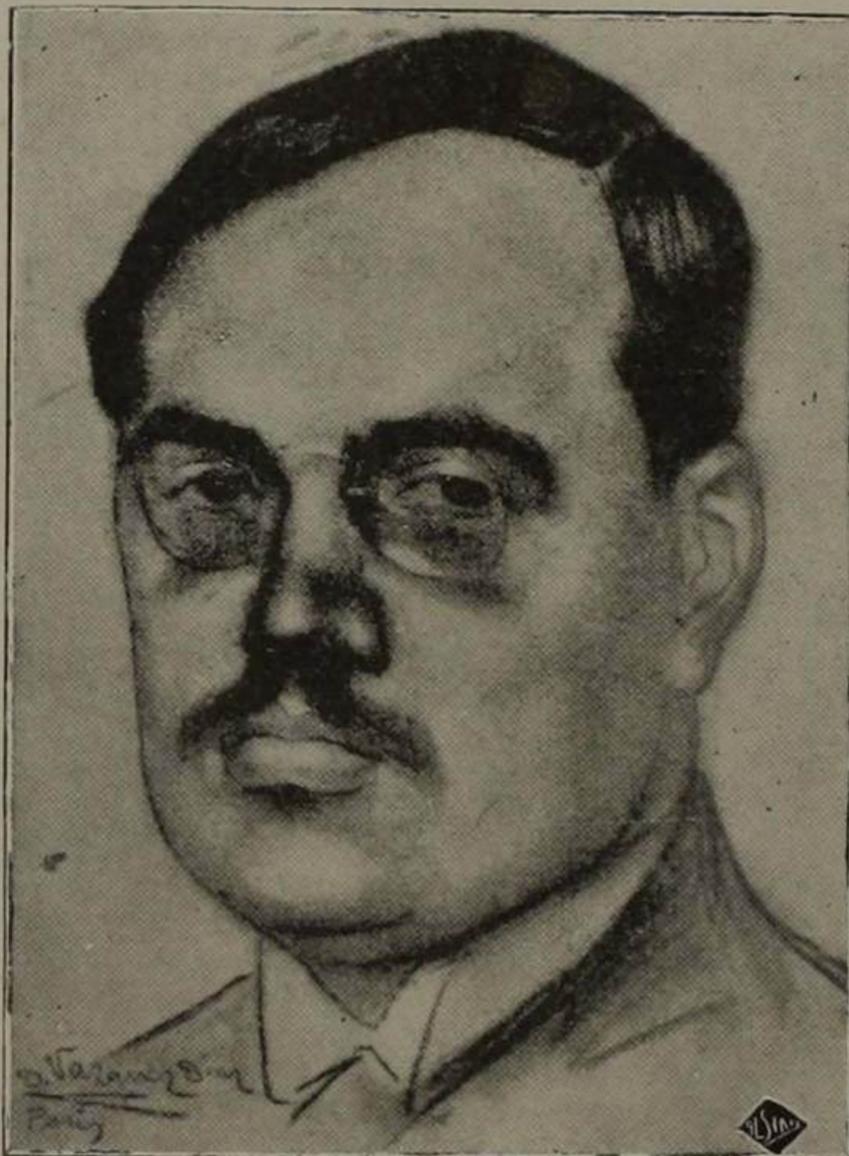
Uno de los fenómenos que primero y más gratamente sorprendieron a García Calderón fué la Prensa diaria, no sólo por hallarla muy modernizada en sus componentes fundamentales, como es la tipografía y la información de sucesos, interiores y exteriores, sino también por el hecho de que por sus columnas desfilaran cotidianamente las firmas más notorias de la república de las letras. El fenómeno es casi único en Europa, donde en la mayoría de los países el periodismo se ha ido diferenciando más y más de las otras actividades literarias, hasta formar una variedad aparte e inconfundible. En la prensa europea, en general, sólo por excepción, ir. egularmente, colabora un novelista, un dramaturgo, un poeta, un profesor universitario. Alejados del gran público de los periódicos diarios, se concentran en su obra o a lo sumo se refugian en la revista semanal o mensual de tipo más especializado. La falta de revistas en España y la escasa remuneración del libro obligan al es-

critor a acogerse a la Prensa diaria, para comentar lo mismo el efímero suceso de la víspera que un abstruso tema de filosofía. Todos los escritores españoles son periodistas en mayor o menor grado y con más o menos fortuna, y los que no lo son, rara vez son tampoco otra cosa. Los temperamentos intelectualmente más aristocráticos, los sedicentes como los que

recta, y su obra está llena de soluciones de continuidad y con frecuencia de contradicciones y puerilidades. No sólo los libros de pensamiento, compuestos en una gran parte con artículos de periódico, sino los artículos mismos, rara vez están trazados conforme a una línea compleja, con planos y volúmenes, arquitectónicamente. Acaso esta forma periodística del pensamiento español contemporáneo corresponda a una modalidad arraigada de la raza; al escaso interés que los españoles sienten y han sentido siempre por las ideas puras. El nuestro ha sido un pueblo de obras y de imágenes, de acción y de representaciones artísticas. El conocimiento por el tenaz ejercicio de la razón y la experiencia ha tenido siempre escasos cultivadores aquí. No somos un pueblo de filósofos, sino de místicos, aventureros y artistas: intuitivos en la conducta y en el conocer. Temo que García Calderón se haya ido un poco desilusionado de las aportaciones de los españoles contemporáneos al tesoro universal de las ideas. Hasta al adaptar las ajenas preferimos habitualmente las menos fecundas o más pintorescas y novedosas, la rareza o la moda más que la profundidad; recuérdese el episodio intelectual del krausismo, que, con esta o la otra diversidad, se renueva cada día.

Otra impresión que, si no me equivoco, se lleva García Calderón es que en España los llamados intelectuales viven en un espléndido aislamiento recíproco, cada uno creyéndose un semidiós, rodeado de débiles de la mente, exceptuados los amigos y admiradores incondicionales. No se atribuya todo a vanidad literaria. Si los escritores españoles apenas se leen unos a otros, y si rara vez se reconocen ningún valor positivo, hay seguramente en ello algo más que rivalidades profesionales, comunes a todos los hombres y latitudes. Esta desestimación mutua, ni siquiera velada, proviene tal vez de una característica propia de los españoles de nuestro tiempo. Aludo al poderoso desarrollo del sentido crítico de nuestros contemporáneos, sobre todo si se les compara con los del pasado siglo.

(Pasa a la página 336).



FRANCISCO GARCIA CALDERON

(Retrato por VÁZQUEZ DÍAZ).

(Mundial Magazine, París, 1924).

lo son de hecho, no desdeñan esta democracia del periodismo, y los que fingen desdeñarla recuerdan a aquellos otros que abominan de la democracia política después de una o varias derrotas electorales. Recuerdan también la zorra y las uvas de la fábula.

Esta democratización de los escritores españoles puede ser un bien inmediato para el público, que a poco costo y con poco esfuerzo mantiene un comercio constante con ellos. Pero se resiente por necesidad la arquitectura de la obra del escritor. Forzado a escribir a diario, y casi siempre improvisada y rápidamente, su producción es inconexa y fragmentaria, sin estructura orgánica. Suele pensar en línea